

Nazismo y estalinismo, ¿un caso apropiado para la comparación?

Edward Acton

Edward Acton es historiador y profesor de la University of East Anglia (Norwich). El presente texto fue la base de una conferencia pronunciada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universitat de València.

Ha habido un prolongado debate sobre hasta qué punto son comparables los dos regímenes más horribles de la Europa del siglo XX. Muchos historiadores y eruditos piensan que es obvio que ambos «son una misma cosa». Aparecen en los libros de texto e incluso en preguntas de examen como «la época de los dictadores» o «los regímenes totalitarios». Pero otros han rechazado apasionadamente la equiparación, argumentando que tal procedimiento sólo sirve para mostrar lo que los dos regímenes tenían en común y no para indicar en qué diferían.

El debate ha pasado por cuatro fases.

Mientras estuvieron en pie ambos regímenes, parecieron enemigos que se odiaban a muerte, los extremos opuestos del abanico político de izquierda-derecha. Decir que eran similares parecía ridículo. Y para muchos millones de personas que marcharon a la muerte combatiendo por uno y en contra del otro, decir que eran similares habría resultado no sólo absurdo, sino también obsceno.

Durante la Guerra Fría, los analistas políticos estadounidenses desarrollaron el modelo «totalitario» y argumentaron que estos regímenes eran ejemplos de primera magnitud. Pero, cuando se desarrolló la investigación especializada en los años setenta y ochenta, el modelo resultó menos adecuado porque daba la sensación de que no encajaba con el análisis detallado de ambos regímenes.

Posteriormente, a mediados de los ochenta, en Alemania occidental la *Historikerstreit*, o debate de los historiadores, reabrió la polémica. Algunos académicos alemanes de edad madura se unieron a periodistas y políticos de derechas reclamando que ya era hora de que los alemanes dejaran de pedir perdón por el Holocausto y el Tercer Reich. Y empezaron a aducir que el régimen de Hitler no fue el peor y que el Holocausto no fue un crimen único. Ernst Nolte, la figura más controvertida del debate, dijo que el comunismo soviético *causó* el nazismo: Auschwitz «fue sobre todo una reacción nacida de la ansiedad ante los acontecimientos aniquiladores de la revolución rusa».

El nazismo fue *defensivo* en sus orígenes y la guerra que libró tenía como finalidad defender los valores occidentales contra la barbarie soviética. Además, el nazismo se modeló sobre el régimen soviético, los nazis aprendieron sus métodos de Lenin y Stalin y «el asesinato de clase de los bolcheviques fue la premisa lógica y real del asesinato de raza de los nazis».

La mayoría de los historiadores liberales de Alemania y la mayoría de historiadores del resto del mundo fueron ferozmente críticos con Nolte y sus defensores. Para ellos este argumento era falso y estaba diseñado para exculpar al nazismo y caracterizar al Holocausto no como un crimen monstruosamente único sino simplemente como un crimen más entre los otros muchos acaecidos en la historia moderna.

Más recientemente Yeltsin ha hecho un uso exitoso de la comparación entre el esta-

linismo y el Tercer Reich, denunciando a los dos como «totalitarios». En las elecciones generales de 1996 advirtió que, si ganaba el oponente comunista, Rusia recibiría otra dosis del mismo veneno.

La comparación, pues, tiene una enorme carga y es muy emotiva. Los que la critican objetan que se usa para descubrir lo que hay de común pero no lo que hay de diferente, para comparar y no para *contrastar*.

Lo que pretendo hacer es considerar los dos regímenes y ver qué aspectos comparten y en qué difieren. Pero, ¿cómo elegiremos los aspectos del régimen hay que tener en cuenta? Mi método es el siguiente. Tomaré como modelo un régimen democrático-liberal y me centraré en los seis puntos clave en los que tanto el estalinista como el nazi se alejaron de la norma. Pero tengamos en cuenta que el hecho de que ambos difieran de la norma *no* prueba en absoluto que fueran similares. La escarcha y el fuego están lejos de la temperatura ideal de una habitación y de ello difícilmente se deduce que «son una misma cosa». Tenemos que examinar en cada uno de los siguientes seis aspectos lo que cada régimen puso en lugar de la norma.

Ideología Ambos regímenes sustentaron sus pretensiones de legitimidad en ideologías que rechazaban virulentamente la democracia liberal. Las dos ideologías tienen algunas cosas en común: describen el mundo como atrapado en una lucha trascendental entre el bien el mal; se describen a sí mismas como la fuerza central favorable al bien; y las dos se consideran justificadas para recurrir a cualquier medio, por violento que sea, en aras a conseguir la victoria del «bien».

Sin embargo, mas allá de esto, las diferencias entre las dos ideologías son profundas. El estalinismo partía de la Ilustración y la razón; ofrecía una interpretación globalizadora e internamente coherente de la historia y del mundo; su premisa central concernía a la lucha de clases; sus valores eran igualitarios e internacionalistas; y ofrecía la visión de un futuro utópico que traería la auténtica libertad, igualdad y fraternidad. *Por contra*, el nazismo se basaba en las corrientes románticas e irracionalistas y en la voluntad de poder y la imaginación; ofrecía una explicación de aspectos muy limitados de la vida y, más allá de un núcleo central –la pureza racial, la buena salud genética, la superioridad germánica, un líder mesiánico–, había una penumbra en la que sus ideas eran confusas, mal definidas y contradictorias. Su premisa central concernía a la lucha racial y no a la lucha de clases; sus valores eran elitistas, patriarcales y exclusivamente nacionalistas/racistas; y no ofrecía una visión utópica sino un Reich de mil años basado en la lucha y la contienda perpetuas.

En términos de ideología, los dos son tan diferentes que parece absurdo pensar que posiblemente fueran «una misma cosa». No obstante, hay una ulterior diferencia: mientras Hitler se tomaba muy en serio cada palabra de la ideología nazi y su régimen respondía crecientemente a ella, la ideología de Stalin fue cada menos relevante en relación a lo que el régimen realmente hacía: de hecho, el régimen llegó a ser una parodia de dicha ideología.

El dictador A diferencia de la democracia liberal, en la que el jefe de gobierno está limitado por muchas barreras informales e institucionales, en estos dos regímenes un individuo obtuvo el control absoluto sobre la toma de decisiones. Las similitudes reales entre Stalin y Hitler son que ambos podían intervenir en cualquier materia de la política del partido y su palabra era decisiva y definitiva; en ambos casos esto se aplicaba no sólo al partido sino también al gobierno y al estado en su conjunto; y en torno a ambos se desarrolló un fantástico culto a la personalidad que les representaba con cualidades de genio sobrehumano en la historia mundial.

Sin embargo, había profundas diferencias en la posición de los dos líderes: Hitler intervino cada vez menos en los asuntos nacionales mientras que Stalin fue incansable, presidía interminables comités *ad hoc* e intervenía constantemente en todo tipo de asuntos de personal y administración así como en la cultura y la economía. Stalin se sintió mucho menos seguro que Hitler: una razón básica para la ejecución de la mayoría de los antiguos colaboradores de Lenin fue el miedo de Stalin a que uno de ellos se convirtiera en un foco de oposición dentro del partido. Hitler no tenía tal inquietud y sabía que su autoridad en el partido superaba cualquier desafío. Mientras Hitler era inseparable del partido y la ideología nazis, y su muerte resultó fatal para uno y otra, la muerte de Stalin hizo posible que el partido se renovara, se reagrupara y sobreviviera en las décadas posteriores.

El Estado autónomo A diferencia de la democracia liberal, en la que la sociedad limita la libertad de acción del Estado a través de mecanismos constitucionales y democráticos, y genera numerosos centros de poder —económico, social, cultural, institucional— que ponen coto a su poder, estos dos Estados redujeron a la mínima expresión tales límites sobre su autonomía. Los dos silenciaron a los críticos, prohibieron los partidos rivales, subordinaron todas las instituciones y censuraron, sofocaron y machacaron la expresión pluralista y la participación en la vida política.

A pesar de ello, si nos preguntamos cómo ejerció cada régimen este poder autónomo, el contraste es enorme. El régimen de Stalin lo usó para lanzar un impulso industrializador que conllevó un choque frontal con la gran masa de la población, y especialmente con el campesinado: la colectivización, la abolición de las explotaciones familiares de titularidad personal, la confiscación de sus tierras a seis millones de los llamados *kulaks*, la muerte por hambre de otros siete millones de campesinos, la destrucción del ritmo básico de la vida campesina en términos de cultura, religión y economía. El régimen también destruyó la clase media baja, reestructuró la elite intelectual y promovió el incremento numérico de la clase trabajadora a través de una forma traumática y calamitosa de urbanización. Transformó la economía, el orden social, el perfil cultural, el paisaje mismo del país. Por el contrario, comparado con esto el régimen nazi casi fue sensible. Ciertamente, la proporción del producto nacional dedicado a gastos militares fue más elevada que en cualquier democracia liberal en tiempos de paz. Pero el régimen se adaptaba y modificaba sus propuestas ante las protestas; mostraba preocupación por los niveles de vida, anduvo con cuidado de no provocar demasiado malestar en la clase obrera y, a finales de los años treinta, dio marcha atrás ante las subidas de precios y los recortes salariales. También rectificó ante las protestas por los intentos de prohibir los crucifijos en las escuelas y la detención del obispo Meiser en Baviera y, durante un tiempo, por el «programa» de eutanasia. No olvidemos, de todos modos, que el alcance del veto que la sociedad podía imponer al régimen era limitado: no protegió a los judíos, ni a los homosexuales, ni a los deficientes mentales y el régimen cada vez fue más radical e implacable a medida que pasó el tiempo. Pero nunca puso a prueba su autonomía hasta el límite, a diferencia del régimen de Stalin, y nunca intentó una remodelación drástica de la sociedad que afectara virtualmente a cada familia e implicara una coerción abierta sobre la inmensa mayoría.

El Estado propagandístico A diferencia de un Estado democrático-liberal, los estados gobernados por Stalin y Hitler buscaron asegurarse un control omniabarcador y remodelar el mundo de ideas de sus ciudadanos, formar un nuevo hombre soviético, un nuevo hombre ario. Prohibieron libros, silenciaron a artistas, reglamentaron la cultura, monopolizaron el acceso a las noticias y la información y bombardearon a los ciudadanos con propaganda a través de los periódicos, la radio, los tabloncillos de anuncios, los mít-

nes, las manifestaciones de masas, la arquitectura, etc.; y especialmente se cebaron en la juventud a través de la educación empleando sólo a profesores ideológicamente fiables, imponiendo planes de estudios con una orientación muy marcada y sirviéndose, además, de sus propios movimientos juveniles férreamente controlados.

Sin embargo, dado que la ideología estalinista era mucho más amplia y más fácil de sistematizar, el régimen soviético encontró más facilidades a la hora de proporcionar textos normativos que dieran una explicación básica del mundo y la historia soviética, un mensaje ideológico consistente que estuviera presente en todas las formas de arte, un vocabulario común y estándar para analizar e intentar comprender la vida política, social y económica. Por su parte, al nazismo le costaba dar alguna explicación de la historia y tenía poco que decir sobre la historia nazi, sus intentos de crear un arte específicamente nazi fueron un fiasco y fracasó estrepitosamente a la hora de desarrollar una base científica dotada de un mínimo de coherencia para su racismo. El hecho de que la sociedad estalinista sufriese un cataclismo socioeconómico que la sumió en el desconcierto hizo que fuera mucho más factible sustituir las viejas formas de hablar y de pensar por otras nuevas, mientras que gran parte de la vida socioeconómica alemana permaneció inalterada. El régimen estalinista tuvo una presencia estatal mucho más penetrante, se introdujo mucho más profundamente y fue virtualmente empleador único cuando el «plan» sustituyó al mercado. Bajo el nazismo no hubo una extensión comparable del poder estatal, la mayoría permaneció empleada por patronos privados y el mercado continuó funcionando con una miríada de relaciones que en la URSS estuvieron mediatizadas por el Estado. Ninguno de los dos llegó a conseguir su objetivo de lavado de cerebro; el cinismo fue profundo y extenso en ambos casos. Pero parece ser que la influencia nazi fue decayendo incluso antes de la Segunda Guerra Mundial, y sólo tuvo un impacto sustancial cuando pudo servirse del poso de prejuicios ya existentes. La ideología estalinista, aunque totalmente ajena a la cultura tradicional del imperio ruso, hizo progresos reales y su lenguaje se convirtió en omnipresente y siguió siéndolo durante décadas.

El aparato del Estado A diferencia de las democracias liberales, ambos regímenes rechazaban la idea de que el aparato del Estado, la burocracia y el ejército, tenían que ser políticamente neutrales y actuar de acuerdo con las normas legales-rationales. Uno y otro inundaron la burocracia de miembros del partido, despreciaban el método burocrático como pedante e ineficaz y preferían la voluntad de poder y la energía que atribuían a su propia ideología y a sus cuadros de partido. Y en ambos casos el resultado fue un enorme desastre administrativo, una confusión, conflictividad e ineficiencia extremas.

Sin embargo, las razones de esta confusión fueron de índole muy distinta. A diferencia del régimen soviético, el régimen nazi fracasó a la hora de asegurar que el partido controlara estrechamente el aparato estatal ya existente, de manera que en lugar de ello estableció organismos paralelos -las SS frente a la policía regular, la Oficina de Ribbentrop frente al Ministerio de Asuntos Exteriores, el Plan Cuatrienal de Goering frente al Ministerio de Finanzas, etc. El resultado fue el caos administrativo. Mientras tanto, la fuente principal de tal caos en la URSS fue la aguda tensión entre el régimen y sus propios funcionarios inherente a la naturaleza antidemocrática de la «economía de mando»: la imposición de objetivos salvajemente ambiciosos a los funcionarios locales partido, estatales y económicos, unos objetivos imposibles de alcanzar, por lo que recurrían a toda clase de medidas ilegales.

les, evasión, engaños y corrupción para intentar acercarse a ellos y evitar la investigación si fracasaban. Esta tensión provocó una disfunción increíble y fue la causa subyacente del ataque masivo al funcionariado que Stalin desencadenó con el Gran Terror de 1936-39. Finalmente, mientras las disfunciones burocráticas nazis parece que empeoraron a medida que pasó el tiempo, los sucesores de Stalin consolidaron el aparato soviético, aunque ello no resolvió nunca el problema básico.

Asesinatos en masa La característica final de los dos regímenes que pretendo examinar se refiere a sus horribles asesinatos en masa. Los dos fueron responsables de un número de muertes que desafía cualquier precepto de la democracia liberal y ha dejado una herida permanente en la psique europea, y de hecho en la humana en general. La cuestión de si estos crímenes fueron similares en su intencionalidad es lo que ha hecho que la comparación entre ambos regímenes sea un asunto tan discutido y polémico. Hay tres características, en concreto, que sugieren una simetría real entre los dos:

Su enorme magnitud. Todavía no hay consenso sobre un cómputo tan horrendo pero se han hecho ciertos progresos. Las muertes de los nazis incluyen: 2.600.000 muertos en los campos de exterminio; 700.000 ejecutados por las SS y el ejército alemán durante la ocupación de la URSS; 500.000 muertos en los guetos; 230.000 muertos durante las marchas forzadas de evacuación en 1945; 500.000 muertos prematuramente por el trato inhumano en los campos de trabajo. El total, excluyendo los prisioneros de guerra, se eleva a siete millones, de los cuales entre 5.600.000 y 5.900.000 fueron judíos. Las muertes estalinistas, de acuerdo con recientes y detalladas investigaciones de archivo, incluyen: un millón de ejecutados por la policía secreta, la mayoría de ellos durante el Gran Terror de 1936-39; de dos a tres millones que murieron prematuramente por las inhumanas condiciones de los campos de trabajo, prisiones, colonias y asentamientos forzosos del Gulag; siete millones que perecieron en la hambruna de 1932-33. El total, excluyendo los prisioneros de guerra, suma once millones.

Ambos casos desafían la imaginación y hacen difícil encontrar una vara de medir para calibrarlos. En uno y otro caso los crímenes fueron llevados a cabo por el Estado, no en un frenesí pasajero sino a lo largo de años y con la aprobación del jefe supremo. El nazismo se sirvió del Estado para la construcción y administración de los campos de exterminio y utilizó empleados públicos para hacer funcionar de manera sistemática, como una cadena de producción, las cámaras de gas. El estalinismo, también, hizo que funcionarios estatales arrancasen, deportasen y enviasen a la muerte a campesinos y minorías nacionales condenadas, y que requisasen cereales aunque ello condenara a los pueblos a morir de hambre; y dirigió el Gulag y ejecutó a un millón de víctimas. Ha habido un amplio debate sobre si Hitler ordenó la Solución Final y si Stalin planeó el Gran Terror. Lo cierto es que las dos acciones criminales fueron ratificadas por el líder del partido.

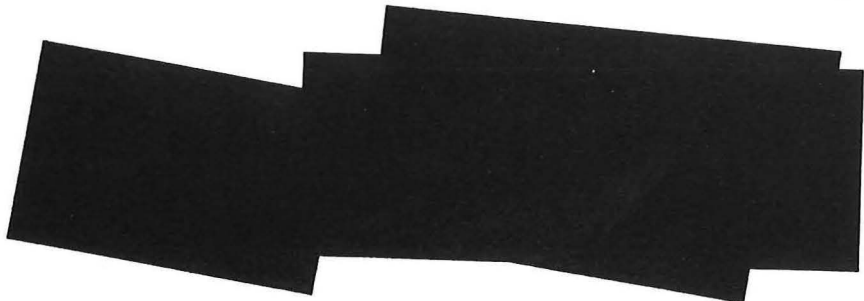
Las dos fueron llevadas a cabo en nombre de la ideología oficial. Fueron presentadas como necesarias y justas, debido a la lucha racial en un caso y para la construcción del socialismo en el otro. La quintaesencia de esta justificación ideológica fue la aplicación de la muerte por categorías. Los antecedentes y la actitud de los judíos individuales era irrelevante. Todos tenían que ser exterminados porque pertenecían a su raza, a causa de la naturaleza de su carne, sus huesos, su sangre. Y en el terror estalinista, las unidades locales del NKVD recibieron cuotas, objetivos sobre el número de los que tenían que ser detenidos –y el detalle de qué individuos concretos constituían la cuota resultaba indiferente–.

Tan monstruoso fue el alcance de los crímenes, tan escalofriante la aparente simetría –el uso ideológicamente sancionado del poder estatal para matar a seres humanos desarmados en cantidades que sobrepasan toda comprensión– que es tentador afirmar que cualquier diferencia entre los

dos debe haber sido cuestión de simple detalle. Sin embargo, de hecho es esta presunción lo que ha suscitado más intranquilidad. Y dadas las evidentes diferencias que hemos encontrado bajo los anteriores cinco encabezamientos, no resulta sorprendente que en este aspecto hubiese también algunas de importancia.

Para empezar, en términos de ideología. El régimen estalinista necesitaba un fraude interminable y contorsiones intelectuales incontables para enmascarar la masacre y presentarla como coherente con la ideología y la autopresentación del estado. El régimen llegó a límites extraordinarios para esconder las muertes masivas, ocultar la identidad y distorsionar el registro de las víctimas, describir a los inocentes campesinos como *kulaks* y a funcionarios del partido sin culpa como saboteadores pervertidos. Por su parte, el Tercer Reich no hizo ningún intento por tergiversar las acusaciones contra sus víctimas. Si ocultó las masacres o usó eufemismos como «eutanasia» y «solución final», no fue porque los nazis pretendieran hacer creer que las víctimas merecían la muerte por alguna razón aparte de ser judíos. Un régimen disfrazó y racionalizó sus crímenes para hacer que parecieran conformes a la ideología, para el otro los crímenes eran el cumplimiento último de la ideología.

Un régimen fue extremadamente chapucero, casi indiscriminado en la selección de sus víctimas, el otro las escogió con gran minuciosidad. El régimen de Stalin frecuentemente no tuvo un objetivo claramente definido ni un plan organizado sobre las muertes. El Gran Terror parece que estuvo muy organizado, pero la idea misma de repartir cuotas prefijadas de detenciones según la región y el volumen de población es de hecho el epítome de la arbitrariedad. No había una idea real de quién sería arrestado y muchas víctimas cayeron por casualidad, por antiguos vínculos con otros sospechosos o por las denuncias de un vecino, si bien el número de detenidos tuvo escasa relación con las cuotas. Es cierto que los campesinos fueron más vulnerables que los obreros, los hombres más que las mujeres y los funcionarios del partido fueron los más vulnerables de todos. Algunos grupos –las minorías nacionales castigadas al final de la guerra– fueron seleccionados con más precisión. Pero la represión fue tan difusa que en los veinticinco años del reinado de Stalin afectó a todos los grupos étnicos y a todos los estratos sociales. Comparados con éstos, los asesinatos nazis fueron planeados, controlados y seleccionados con extraordinario cuidado y precisión. No hubo nada dejado al azar en los que murieron a manos de Hitler: millones fueron seleccionados, con independencia de la edad o el sexo, porque se juzgó que eran defectuosos mentalmente, físicamente o racialmente. Las masacres nazis se dirigieron principalmente contra los definidos como «otros» en términos biológicos, la mayoría de ellos procedentes de la Europa ocupada, judíos en sus tres cuartas partes, mientras que la población alemana en general y los miembros del partido en particular prácticamente no se vieron afectados.



El contraste crítico fue éste. En la URSS la proporción de víctimas asesinadas deliberadamente fue una pequeña minoría –un millón sobre once–. La inmensa mayoría no fue asesinada deliberadamente sino que se la dejó morir insensiblemente. Esto es de aplicación a la hambruna de 1932-33, cuando el régimen se negó a paralizar las requisas de cereales hasta que fue demasiado tarde y entonces no proporcionó auxilio. Vale también para las víctimas del Gulag. Los detenidos como delincuentes comunes (siempre una mayoría en el Gulag) murieron junto con los denominados presos políticos. Esto fue cierto a pesar del hecho de que el régimen valoraba mucho el trabajo forzado. El saldo de muertes del estalinismo aumentó principalmente por el desgaste, los malos tratos, la enorme dureza, el exceso de trabajo, la exposición al frío extremo y sobre todo el hambre y las enfermedades. En cambio, en el Tercer Reich fue cierto lo contrario: la gran mayoría de las víctimas –el 80% o entre cinco y seis millones– fueron asesinadas deliberadamente mientras que las que se dejó que murieran en los campos de trabajo y por malos tratos fueron una pequeña minoría. El régimen de Stalin trató a millones de personas con tal brutalidad que muchas murieron, el de Hitler no se esforzó sólo en segregar, explotar, castigar y aterrorizar a los detenidos, lo que perseguía era matarlos. Las víctimas potenciales de Stalin fueron virtualmente ilimitadas y de hecho lo fueron de todas las categorías, pero la masacre como tal no fue por regla general el objetivo y el nivel de malos tratos fluctuó ampliamente. En el caso nazi, el exterminio fue precisamente el objetivo, y una vez embarcados en el genocidio se llevó a cabo implacablemente y hasta sus últimas consecuencias. El régimen estalinista desplegó una terrorífica insensibilidad, una indiferencia generalizada ante el sufrimiento humano y una disposición a suprimir vidas humanas; el régimen nazi desplegó una determinación glacial a tratar categorías específicas de la raza humana, y en particular a los judíos, como una sabandija que ha de ser extirpada, gaseada e incinerada.

Conclusión Estas diferencias proyectan una duda sobre la importancia de intentar valorar cuál de los dos regímenes fue más maligno. Si se pasan por alto las profundas diferencias entre ellos, es difícil resistirse a esta clase de comparación moral y sugestión candente, la insinuación entredicha de que el régimen que sea considerado menos culpable puede que no haya sido *tan* malo. La conclusión de lo señalado hasta aquí es que, en lugar de forzar la inserción de ambos en un mismo marco de valoración moral, es posible acceder a una comprensión más profunda identificando lo *específico* de los crímenes de cada uno de ellos. Uno adoptó una ideología que era perversa en sus mismas raíces y actuó a partir de sus monstruosos preceptos. El otro quiso dar a entender que defendía los ideales más elevados del humanismo y los traicionó y envileció todos.

■ Traducción de Carles Subiela

